

La nación tras el diluvio. Una perspectiva germano-oriental

HELGA SCHULTZ
Universidad Europea Viadrina, Frankfurt/Oder

RESUMEN

Helga Schultz reconsidera la RDA y su forma nacional desde un punto de vista germano-oriental. Entiende la RDA como un intento de construir una peculiar nación socialista alemana, pero la imposibilidad de alcanzar esta aspiración es examinada junto con la sorprendente división entre ambas partes de la nueva Alemania «unida» y la nueva *etnicización* de los alemanes del Este. El artículo revisa también la «sociedad obrera» socialista, como producto del socialismo real.

ABSTRACT

Helga Schultz reconsiders the GDR and its national form from an East German point of view. She understands the GDR as an intent to shape a peculiar socialist German nation, but the impossibility to achieve this aspiration is examined all along with the astounding division between both parts of the new «united» German and the new ethnicization of the East Germans. The article contains also a revision of the socialist «workers society», as a product of real socialism.

1. DESINTEGRACIÓN Y VIOLENCIA

A finales de los años setenta un anciano Norbert Elias escribía: «Una de las más asombrosas y atemorizadoras observaciones que, desde una cierta distancia, se pueden hacer hoy día en Alemania Occidental es la enorme irritación y enemistad que sienten algunas partes de la población hacia otras. La

conciencia de la interdependencia real de todas las clases y regiones de la República Federal, así parece, está desapareciendo... De este modo la irreconciliable división de todas las partes de un mismo pueblo pudiera avanzar, como ya fue el caso, hacia una dirección que ninguna de ellas prevee o desea, es decir, en la dirección de un Estado policial o de una dictadura de partido»¹.

Esta preocupación del intelectual encontró entonces escaso eco. Y es que resulta difícil todavía hoy ligar esta visión con la imagen común de una República Federal que, bajo la presión del movimiento del *sesentayocho*, cambió de forma duradera en una dirección más social y liberal. Y sin embargo llama la atención cuán exactamente estas frases describen lo sucedido tras de la reunificación alemana.

Durante los cerca de tres años que se necesitaron para deconstruir totalmente las instituciones, la economía y la sociedad de la República Democrática Alemana, acabó ahogándose en el pantano de la indiferencia, el hastío y a menudo la abierta enemistad toda la euforia inicial de la reunificación. A la apenas encubierta agresividad de los alemanes entre sí se unía la creciente xenofobia, cuya causa residía por su parte en la corriente de inmigrantes que llegaban desde la desintegrada Unión Soviética y de otras partes del mundo desestabilizadas por la caída del comunismo².

La nueva violencia no era un fenómeno exclusivo de la Alemania del Este. Junto a los atentados de Rostock y Hoyerswerda se perpetraron otros en Alemania del Oeste, como Mölln o Solingen. Pero la violencia se dirigía sobre todo en Alemania del Este contra determinadas minorías, contra exiliados en busca de asilo, contra homosexuales, minusválidos o vagabundos. Los impotentes atacaban a los aún más débiles. En el vacío espiritual que la banarrota del socialismo dejara en las cabezas de los alemanes del Este, entró la propaganda de partidos y organizaciones ultranacionalistas procedentes del Oeste y comenzaron a extenderse mensajes neonazis³. Una subcultura fascistoide penetró en las escuelas y los grupos juveniles, de tal modo que, en poco tiempo, clases y pandillas se dividieron en *derechistas* e *izquierdistas*, que mantenían una elevada hostilidad entre sí.

La violencia extraestatal se convirtió a principios de los noventa en parte del día a día alemán. La *des-civilización*, que Elias intuía como un peligro, se acercaba imperceptiblemente. Poetas y filósofos veían la guerra civil ascen-

¹ Elias, Norbert: *Studien über die Deutschen. Machtkämpfe und Habitusentwicklung im 19. Und 20. Jahrhundert*, edit. por Michael Schröter, Frankfurt/M. 1989², p. 519.

² Wehrhöfer, Birgit: *Das Ende der Gemütlichkeit. Ethnisierung im deutschen Migrationsdiskurs nach dem Ende des Ost-West-Konflikts* (Forschungsberichte aus dem Institut für Sozialwissenschaften der Technischen Universität Braunschweig 23), Braunschweig 1997.

³ Pfahl-Traughber, Armin: *Rechtsextremismus. Eine kritische Bestandsaufnahme nach der Wiedervereinigung*, Bonn 1993 (Schriftenreihe Extremismus und Demokratie 5).

der a los andenes del metro⁴. El susto se hizo enorme, tanto en Alemania como en otros países. La *otra Alemania*, que se decía a sí misma que era la mayoría, se alineó en marchas de protesta y cadenas de velas. Cada vez más a menudo se escuchaba, como un juramento: Bonn no es Weimar, 1993 no es 1933. Pero con la continua repetición crecía no el poder de convicción de esa fórmula, sino la preocupación de si era realmente cierta.

También la nueva violencia es una violencia juvenil. Los violentos tienen básicamente entre 16 y 21 años. Se podría interpretar este hecho como que los jóvenes hacen lo que los padres sólo se atreven a pensar, es decir, transforman la xenofobia de los adultos en violencia pura⁵. Se podría entender este hecho, lo que no es nada fácil, como que los radicales atacan no sólo la doble moral sino la sociedad misma, sus valores establecidos y que ponen en duda el monopolio de la violencia por parte del Estado. Sólo que, a diferencia de los años veinte y luego sesenta, a los que se refería Elías, no son ahora los hijos e hijas de la burguesía quienes se revuelven, sino que se trata de jóvenes obreros.

Los jóvenes obreros, que habían conquistado un lugar intocable en el centro de la sociedad de la RDA y que estaban investidos del capital simbólico de la supuesta clase dominante, se encontraron convertidos de nuevo, a causa de la transformación y la desindustrialización, en un grupo marginal. La destrucción de toda autoridad en la casa paterna, en la escuela, la empresa o en las organizaciones e instituciones estatales condujo al desarraigo social y emocional. Por ello se pusieron a buscar un nuevo lazo de unión, y su miedo al futuro se tradujo en un odio ciego hacia los supuestos competidores. Entre esos jóvenes obreros encontraron ideas y organizaciones neonazis, nacionalistas de derechas y orientadas hacia la violencia, un verdadero *milieu*.

Tampoco ahora llegó el *Mal* que había temido Elías en los años setenta, la nueva dictadura: el sistema democrático-parlamentario de la República Federal se demostró estable. La violencia contra los extranjeros, sin embargo, ocupa un lugar duradero en los márgenes de la sociedad, en la provincia y en las desintegradas capas de jóvenes obreros. ¿Será posible combatir dicha violencia, si no domesticarla, sólo con los medios del Estado de derecho?

La crisis de identidad de la sociedad se ve reforzada, y no por primera vez en la historia alemana, por una profunda brecha entre las generaciones. Pero

⁴ Enzensberger, Hans Magnus: *Die Große Wanderung. Dreiunddreißig Markierungen mit einer Fußnote. Über einige Besonderheiten bei der Menschenjagd*, Frankfurt/M. 1992, pp. 67-72.

⁵ Así entendía Habermas lo sucedido en septiembre de 1992 en el periódico *Die Zeit*.

la crisis de la identidad nacional y el conflicto generacional no son idénticos en la parte este y oeste de Alemania, como tampoco se puede hablar de una sociedad alemana.

2. ¿UNA ETNICIZACIÓN DE LOS ALEMANES DEL ESTE?

Ahora, diez años después de la unidad alemana, los alemanes del este y del oeste son más ajenos los unos a los otros que nunca. La distancia entre las dos partes del pueblo alemán parece incrementarse sin tregua desde aquel extraordinario momento de alegría que produjo a la mayor parte de la población la apertura del Muro. La enajenación puede medirse en la rápida regresión del número de viajes entre unos y otros y en la increíblemente pequeña cifra de amistades y matrimonios entre alemanes del este y del oeste. Incluso en muchos casos se han roto determinadas relaciones anteriores al momento del cambio.

Se puede medir también la diferencia a través de encuestas de opinión y resultados electorales. Dicha enajenación no puede ser aclarada invocando la aparición de problemas inesperados o esperanzas decepcionadas producto de la unificación, sino que reside sin duda en la distancia real de condiciones de vida y de experiencias entre dos generaciones que, poco a poco mas decididamente, se hallaban en camino de constituir dos naciones alemanas distintas⁶.

Christian Meider encabezaba en 1991 su manifiesto en favor de un nuevo proceso de construcción nacional de los alemanes con la afirmación de que «en ningún lugar fueron Este y Oeste tan cercano y, al mismo tiempo tan lejanos el uno del otro como en Alemania. Se vieron extraordinariamente (...) separados por las circunstancias de los diferentes órdenes económicos y sociales. Dos identidades colectivas distintas se formaron y se estabilizaron en el proceso de la reunificación»⁷.

El abismo parece profundo, sobre todo si hablamos de mentalidades colectivas y de estereotipos. Principalmente desde la perspectiva de los alemanes del oeste tienen otra escala de valores, otro tipo de familia, otras costumbres, otras formas de discurrir del tiempo libre, otros gustos y otro idioma, leen otros periódicos y votan de otra forma. En el mundo académico se habla desde hace poco de la *etnicización de los «es»*. La palabra, que procede del

⁶ Sobre la historia de «la teoría de las dos naciones» puede verse Schmidt, Walter, *The Nation in German History*, en: Mikulas Teich/Roy Porter (eds.): *The National Question in Europe in Historical Context*, Cambridge 1993, pp. 148-180, aquí, pp. 171-180.

⁷ Meier, Christian: *Die Nation die keine sein will*, München/Wien 1991, S. 9.

discurso de moda en el mundo occidental («alemanes del Este») muestra claramente la extrañeza de los alemanes del Oeste. Se observa en la —no del todo bien intencionada— afirmación del historiador Arnulf Baring: «En la RDA había, como se hubiera formulado antes, una *polnische Wirtschaft*⁸..., y sus habitantes fueron transformados en polacos que hablan alemán»⁹.

¿Pero comparten los alemanes del Este ese sentimiento de desarrollo étnico distinto? Ellos hablan de la vida en la RDA *en tiempos del Este* y piensan con ello haber llegado *al Oeste*. Pero sin embargo no albergan duda alguna de que eran también alemanes *en los tiempos del Este* y se asombran todavía de que, en competiciones internacionales, el primer alemán fuera el tercero después de dos deportistas de la RDA. El concepto de la etnicización de los germano-orientales no encierra de ningún modo la realidad de una amenazadora división de los alemanes en dos pueblos distintos, un triunfo póstumo de la teoría de *las dos naciones* de la RDA. La etnicización de los *es* significa el rechazo de la experiencia histórica propia de éstos por parte de los alemanes del Oeste, la incapacidad de integrar dicha experiencia en una historia alemana global.

El sociólogo Wolfgang Engler ha realizado una interesante aportación desde un punto de vista este-alemán¹⁰. Él ilustra lo específico de la mentalidad alemana oriental sobre todo a través de las consecuencias de la igualdad en una *sociedad obrera*¹¹. La observación no es nueva. La sociedad de la RDA se había desecho no sólo de las viejas elites aristocráticas mediante la reforma agraria y de las élites políticas y militares durante una verdaderamente eficaz desnacificación, sino que se había des-burguesado en un sentido muy amplio, tanto económico como cultural. Conservadores como el citado Arnulf Baring o el editor Wolf Jobst Siedler dedujeron de ello no sólo el derecho moral del Oeste a exportar sus élites hacia el Este, sino incluso su deber de hacerlo¹².

La *sociedad obrera* no significa sin embargo déficit alguno. Tampoco se trata de aquella tesis del *Estado Obrero y Campesino* en el que, de hecho, gobernaba sólo la casta de funcionarios. Engler describe así una sociedad sin

⁸ N. del T.: «Polnische Wirtschaft» (*economía polaca*), término acuñado en la Alemania de la Ilustración para referirse al malgobierno y la pobreza en la República Polaca del siglo XVIII, convertido más tarde en estereotipo antipolaco. Cf. Schultz, Helga (1999): «Obraz Polski w niemiecckim Oewiecceniu» en *Historyka* 29: 15-31.

⁹ Baring, Arnulf: *Deutschland, was nun? Ein Gespräch mit Dirk Rumberg und Wolf Jobst Siedler*, Berlin 1991, p. 63.

¹⁰ Engler, Wolfgang: *Die Ostdeutschen. Kunde von einem verlorenen Land*, Berlin 1999.

¹¹ *Ibid.*, pp. 175-206. La sociedad obrera es análoga a la sociedad burguesa y Wolfgang Engler se apoya para ello en Norbert Elias.

¹² Baring, como nota 9, pp. 54-72.

marcadas jerarquías, en la que los obreros dominaban social y culturalmente e incluso obtenían ventajas de la propia desigualdad política. Esta sociedad descansaba en la igualdad, que era utilizada y querida por la casta gobernante y aceptada e interiorizada por la gran mayoría de los gobernados.

Esta igualdad se basaba en el trabajo profesional generalizado y en unos ingresos por trabajo escasamente diferenciados, como única fuente principal de ingresos. El trabajo profesional era la medida del valor humano y por ello fueron marginalizados los incapacitados para trabajar y criminalizados como asociales aquellos que no querían trabajar. Y la medida del trabajo profesional era el obrero industrial, héroe de novelas, pinturas y cantatas y privilegiado sobre todo por el miedo que los poderosos tenían exclusivamente de este estrato social¹³.

La igualdad significaba tanto la omnipresencia del colectivo como su protección y recortaba todo lo que sobresalía de la medida general. Era una igualdad de los ingresos, de los estilos de vida y de los caminos de la vida, que eran determinados a través del trabajo y limitados por medio de las obligaciones y los beneficios del trabajo medio. Esta igualdad exigía la paridad de los sexos en su doble papel profesional-familiar y desembocó en la lucha de género y en elevadas cifras de divorcios, como ha puesto de relieve Wolfgang Engler. Es fácil de comprender que esta sociedad obrera se mostraba deficitaria en protagonistas del estilo de vida de sociedad burguesa de bienestar que surgió a través de décadas de acelerado individualismo. Se presentaba como una sociedad del mal gusto y de las malas costumbres, del conservadurismo, la falta de fantasía y escaso sentido de las delicias de la autorrealización¹⁴.

Dicha igualdad es de hecho la herencia no olvidada de la RDA. Esa persistencia está generalmente alejada de la ideología y de ninguna manera es equivalente a nostalgia de la RDA. Investigadores de opinión y oradores de ceremonias han fijado en este punto la diferencia decisiva entre los hábitos políticos de los alemanes orientales y occidentales. El invariable y elevado aprecio de la igualdad en el este se corresponde con una total falta de aprecio por la libertad, lo que sería considerado en general como signo de la aún escasamente educada conciencia democrática de los nuevos ciudadanos federales. La exigencia germano-oriental de *igualdad* —y el reparto y seguridad por medio del Estado social a ella ligados— resulta así para el observador

¹³ Hübner, Peter: *Konsens, Konflikt und Kompromiß. Soziale Arbeiterinteressen und Sozialpolitik in der SBZ/DDR 1945-1970*, Berlin: Akademie Verlag 1995.

¹⁴ Esta reacción la documenta impresionantemente la novela autobiográfica de una renana trasladada a Frankfurt/Oder: Endlich, Luise (Nicole): *NeuLand: ganz einfache Geschichten*, Berlin: Transit, 1999.

occidental una deformación de la conciencia política como consecuencia de la vida bajo la dictadura. Esta conexión se ha convertido en un lugar común, variada de muchas maneras y, últimamente, corroborada científicamente por el criminólogo Christian Pfeiffer en relación con la educación en las guarderías infantiles de la RDA¹⁵. Justamente contra las tesis de Pfeiffer se ha levantado una tormenta de indignación, tan generalizada en la Alemania del Este, que debe dar que pensar. El motivo de dicha indignación es, quizás, que ahora no se trataba del *Estado del SED*, el sistema político, el que era atacado sino la forma de vida de la sociedad obrera. La crítica ataca la forma de vida en su núcleo, en la relación entre el trabajo y la vida familiar, en el cruce entre las esferas privada y social.

¿Por qué tienen que ser precisamente los *es* los que muestren escaso aprecio por la libertad cuando fueron ellos, a diferencia de los alemanes del Oeste, quienes lucharon en el otoño de 1989 por la libertad en todos sus aspectos: de movimientos, de expresión, de reunión, de prensa? A los contemporáneos germano-orientales les queda en la memoria *noviembre de 1989* como el momento histórico de la libertad, del sentimiento de unión de (casi) todos después del abatimiento paralizante de la acción policial del 7 de octubre, después de los tensos debates públicos y manifestaciones que precedieron a la caída del Muro. Los alemanes del este poseen seguramente otro concepto de la libertad. Si Engler tiene razón, la sociedad de la RDA descansaba en tres columnas: junto a la igualdad estaban también la independencia y la seguridad, que en la sociedad obrera le eran ofrecidos a todo el mundo gracias al trabajo profesional general. En ese sentido se corresponde a una pérdida de la igualdad una pérdida de libertad, pues la nueva libertad debe ser pagada con la desaparición de la independencia. Sólo en apariencia ponen los alemanes del Oeste la igualdad por delante de la libertad. Tienen un concepto distinto de la libertad, más social, más solidario, y quieren unir sobre esta base la igualdad y la libertad. Quizá intentan con ello una vez más la cuadratura del círculo. ¿Pero no se acercó apreciablemente la época dorada del Estado Social europeo a esta posibilidad?

Para la igualación de esta mentalidad a la alemana occidental se estima por lo general un tiempo de una o dos generaciones. Por supuesto que se superan también crisis de identidad mediante cambios generacionales. La escala de valores de los alemanes de ambos lados se igualará cuando también en el Este se forme una sociedad burguesa siguiendo el modelo occidental. ¿Cómo tiene que suceder esto si no es a través de la igualdad de condiciones de vida y de oportunidades? ¿Y no presupone esto la igualdad de los ingre-

¹⁵ Véase el informe en: *Frankfurter Allgemeine Zeitung* 1. Marzo 1999, p. 40: «DDR-Erziehung verursacht Ausländerfeindlichkeit».

sos y de los ahorros, de las herencias y de las tasas de desempleo? Las capas sociales superiores deberán dejar de ser élites importadas y el capital y el suelo no deberán estar casi exclusivamente en manos de alemanes del Oeste. ¿Es posible un cambio en tal medida? La perduración de la desigualdad en los campos antes mencionados reproducirá y aun profundizará las diferencias mentales. La etnicización de los germano-orientales se desarrolla, así vista, de un modo ya bien conocido: la etnicización de conflictos sociales.

Otro camino sería que la sociedad burguesa del Oeste aceptara las experiencias de los *es*, lo cual quiere decir una valoración positiva de las experiencias igualitarias de la sociedad obrera de la RDA y una mayor apreciación del Estado social en la vida pública y en la política. Esto supone navegar absolutamente contra la corriente del momento que proclama el fin de la sociedad del trabajo, y además, hace tambalearse los fundamentos de la convicción de los alemanes del Oeste de ser los vencedores en el conflicto de sistemas entre las dos Alemanias, convicción que exige la demonización del Estado y la sociedad de la RDA. Y sin embargo los *es* presionan en esta dirección con su comportamiento electoral y los sondeos de opinión atestiguan una creciente simpatía hacia esta orientación también en el Oeste. Incluso si a medio plazo la brecha entre este y oeste en Alemania se cierra, es improbable que la experiencia germano-oriental de la sociedad obrera igualitaria quede tan ahogada como sucediera con la de los jacobinos alemanes. Generaciones futuras la retomarán en la conciencia histórica alemana y, quizás, para hacer política con ella de nuevo.

3. ¿UN NUEVO NACIONALISMO ALEMÁN?

La unificación ha traído de nuevo el problema de lo nacional al debate público¹⁶. Unos ven en la irrupción de odio y violencia la expresión de un nuevo nacionalismo alemán, otros proclaman un nuevo sentimiento nacional alemán como salida de la crisis.

El discurso sobre el nacionalismo está todavía en tales debates demasiado lleno de reproches, como si fuera una acusación que hay que rechazar o que hay que defender. Esto dificulta una comprensión objetiva. En el discurso científico internacional se ha asentado un uso funcional del término. El nacionalismo no se ve ya como la exageración agresiva del «sano» patriotismo, pues tal diferenciación deja a un lado las transiciones y las identidades y generalmente sirve sólo para diferenciar el patriotismo propio del nacionalis-

¹⁶ Jaraus, Konrad H.: Normalisierung oder Re-nationalisierung? Zur Umdeutung der deutschen Vergangenheit, en: *Geschichte und Gesellschaft*, Jg. 21, 1995/4, pp. 571-584.

mo de los otros. El nacionalismo nace con el paso hacia una sociedad moderna, postfeudal, en la que el pueblo se coloca a sí mismo como soberano y se halla ligado al Estado-nación¹⁷. Merece la pena recordar la reflexión de Elias, basando la identidad nacional en un sentimiento positivo, que es equivalente al amor: «Sea lo que esto fuere (el amor a la nación propia, H. S.), se trata también de una forma de amor a sí mismo»¹⁸.

En la psicología del individuo se supone que una cierta medida de amor propio es inexcusable para toda personalidad estable. Una transposición muy atrevida daría razón a aquellos que proclaman más nacionalismo como remedio de la crisis de identidad alemana. Pues con la unidad alemana se puso al descubierto no un extremado Eros nacional, sino el ser descompuesto y dividido de la nación misma. En vez de amor propio, fue el odio a sí mismo el que determinó los hechos. Veamos primero la situación en el hundimiento de la RDA.

Había aquí una identidad entre ciudadanos y país, que portaba los rasgos de una conciencia nacional. No se trataba solamente de las elites. También los movimientos ciudadanos de oposición optaron por la continuidad de la doble estatalidad¹⁹. Una República Democrática Alemana sin falsas etiquetas era el objetivo de aquellos que estaban sobre todo entre los treinta y los cincuenta años, las cabezas políticas —generalmente con formación académica— del movimiento del otoño de 1989, para los que la doble estatalidad suponía una realidad de la misma duración que sus vidas y el desastroso Estado que había que reestructurar desde los cimientos era su patria. La parte de la oposición que más tarde se reencontraron en el partido «Bündnis 90» y en el Partido Socialdemócrata, no deseaban al principio, de ninguna manera, una anexión a la República Federal sino una transformación democrática de la RDA. Sobre todo no se pretendía tocar el núcleo de la sociedad obrera, que excluía la propiedad privada de suelo y capital. Esto quedó extraordinariamente claro en la fase revolucionaria de septiembre y octubre de 1989, cuando los manifestantes en Leipzig gritaban: *¡Nosotros somos el pueblo! ¡Nosotros nos quedamos aquí!*

Cuando, en el año 1990, fracasaron los esfuerzos de movimientos ciudadanos y otros intelectuales de izquierda para construir una RDA al mismo tiempo democrática y socialista, pareció que con ello toda alternativa de

¹⁷ Anderson, Benedict, *Die Erfindung der Nation-Zur Karriere eines erfolgreichen Konzepts*, Frankfurt/M. 1988; Hobsbawm, Eric J., *Nationen und Nationalismus. Mythos und Realität seit 1780*, Frankfurt/New York 1991; Gellner, Ernest, *Nationalismus und Moderne*, Berlin 1991. (De los dos primeros hay traducción al castellano).

¹⁸ Elias, cf. nota 1, p. 197.

¹⁹ Haufe, Gerda: *Die Bürgerbewegungen in der DDR und in den ostdeutschen Bundesländern*, Opladen 1993.

izquierda estuviera desacreditada. ¿Se decidió la mayoría de la población de la RDA a causa de motivos nacionalistas contra las elites intelectuales? Esas fuerzas fracasaron porque no podían ofrecer ninguna concepción que conjugara futuro y bienestar en el marco de aquel Estado. El componente social determinó una vez más la salida de la cuestión. El nacionalismo era por ellos solamente posible como conciencia de unidad alemana y se articuló a partir de diciembre de 1989 en las manifestaciones de los lunes en Leipzig mediante la consigna «Somos un pueblo». Cuando un año más tarde surgieron caricaturas en las que el prototipo del alemán occidental contradecía a los *es* con su grito «Nosotros también», había terminado la euforia de la unión alemana²⁰.

De ningún modo se puede entender la euforia de la unificación como un nuevo nacionalismo alemán. Y sin embargo el deseo de unión con los alemanes del Oeste en un Estado-nación alemán permanece mucho más vivo entre los habitantes del Este que entre los del Oeste, pues funcionó via televisión y visitas de los parientes como alternativa a una vida cotidiana en el propio país, aislada y cada vez más penosa. En las opciones nacionales para la entrada de la RDA en la República Federal Alemana durante el año 1990, se observa que el nacionalismo estaba dominado por otros muchos motivos. La alegría de la apertura del muro fue en general valorada como un fuerte sentimiento nacional, en especial por parte de los *es*. La mayoría de los ciudadanos de la RDA votaron por partidos que en su programa tenían la unidad alemana, es decir, votaron por la unificación. Esto corresponde a todos los votantes de la Alianza por Alemania dirigida por la CDU, pero también a los votantes de los liberales aún bajo el liderazgo del ministro de asuntos exteriores Genscher, y seguro que también a la mayor parte de los votantes del SPD, en cuya campaña en el Este, sólo Oskar Lafontaine ejerció de voz en el desierto. Pero a todos los participantes les era claro a la vista de la huida masiva del verano de 1989, que se convirtió en una emigración en masa en noviembre, que la unificación alemana era no sólo una opción nacional, sino también una elección social, y que la última era de mayor peso.

Con ello, los habitantes de la RDA se pusieron a salvo, en uno de los países más ricos del mundo, del amenazante caos de la desintegración del imperio soviético. Si se define el sentimiento nacional como consenso mínimo de solidaridad más allá de las redes de contactos personales y de las divisiones de clase, podemos entender la decisión de las urnas sólo como una solidaridad invertida, como la exigencia de recibir una parte de la riqueza de la nación. Esa exigencia quedó insatisfecha, pese a los miles de millones de transferencias del Oeste al Este, cuando a la descomposición del Estado le

²⁰ Meier, *cf.* nota 8, p. 25.

siguió la bancarrota económica. La población en el Este de Alemania se encontró con cualificaciones y *curricula* sin valor, como un subvencionado pueblo de desempleados, jubilados anticipados, reeducandos o trabajadores dependientes de planes de empleo sociales. Sobre esta base deprimente se desarrolló una conciencia específica germano-oriental, que no acentúa la nostalgia de la RDA, sino que evidencia la crisis de transformación de la identidad nacional alemana. Al mismo tiempo, en el este, nos hallamos ante una crisis de completas identidades sociales.

¿No estaban mezclados, en otros nacionalismos de Europa Central y del Este, los objetivos sociales y nacionales? El deseo del *regreso a Europa*, de anexión al Oeste fue, junto a la inquebrantable ambición de un Estado propio, un resorte de la separación de los países bálticos de la Unión Soviética²¹. El mismo deseo fue claramente decisivo para la separación de Eslovenia y Croacia de la Federación yugoeslava, que acabó en los inenarrables excesos bélicos del nacionalismo. Ahora que las esperanzas europeas de los países de Europa Central y Oriental empalidecen y que los altos costes sociales de dicha unión por motivos políticos y sociales alimenta aún más el nacionalismo, se desarrolla también, además de la comezón antisoviética, un sentimiento anti-occidental.

La unificación alemana no condujo en el este hacia aquella identidad nacional que es la base de la solidaridad y el amor propio. Con la descomposición del Estado de la RDA se hundió la estructura social. La derrota del sistema de la RDA dividió al pueblo germano-oriental, que había sido en diferente medida resignado u opositor, en víctimas y verdugos, en *Wendehälse* y *Rote Socken*²², en ganadores y perdedores de la transformación, y todo ello, no como un divorcio de mutuo acuerdo, sino abigarradamente mezclado. La destrucción del viejo orden no produjo ningún nacionalismo que hubiera podido ser la base de un nuevo consenso social. En vez de ello se alza inesperadamente de entre las ruinas el fantasma de una hidra neofascista.

¿Por qué sucedía esto precisamente en el territorio de la desintegrada RDA, donde el antifascismo y el internacionalismo socialista habían sido doctrina de Estado? La respuesta parece fácil: el internacionalismo servía sólo a la hegemonía soviética en el bloque oriental y el antifascismo era ordenado desde arriba, para traer al pueblo colectivamente al lado del ven-

²¹ Reich, Jens, *Rückkehr nach Europa. Zur neuen Lage der deutschen Nation*, Frankfurt/M. 1993.

²² *Wendehälse*: «chaqueteros», termino peyorativo para quienes alababan el cambio; *Rote Socken*: «calcetines rojos», peyorativo para quienes lamentaban el final de la RDA. (Nota del Traductor).

cedor y atarlo a los gobernantes comunistas antifascistas. La tesis del *antifascismo por decreto* de la RDA lo entiende como un antifascismo falso e ineficaz, que habría ocultado más que resuelto el problema. Es seguro que dicho antifascismo también fue un instrumento del poder, dado que el liderazgo del partido reclamaba para sí el monopolio de la lucha antifascista. La persistente negación de la resistencia no comunista, las medias tintas en el trato con las víctimas judías del fascismo y la actitud contraria hacia el Estado de Israel, mantenida casi hasta el final, son graves y justas acusaciones y poderosos argumentos contra los resultados positivos de dicho antifascismo.

Pero el antifascismo era parte también del consenso social de la RDA. El horror ante los crímenes del fascismo fue propagado por la escuela y los medios de comunicación de masas ya desde la cuna y, de este modo, se puso un núcleo de humanidad en las conciencias. Las actividades neonazis y antisemitas recibían castigos draconianos y no fueron toleradas por la propia sociedad de la RDA. Tales expresiones tomaban el carácter de una declaración de guerra al Estado y a la sociedad, y en los años ochenta los jóvenes las usaron crecientemente en este sentido. Las últimas investigaciones sobre incidentes neofascistas en el Ejército Nacional de la RDA y su rígida penalización prueban la reacción extremadamente sensible del Estado²³. También el «antifascismo por decreto» constituía una barrera contra la inhumanidad que cayó con la RDA. Con parecidas limitaciones podemos decir también que la doctrina del internacionalismo proletario suponía un componente humanístico y civilizatorio en la socialización del ciudadano de la RDA. Sin embargo, el propio liderazgo del Estado desmontó el internacionalismo cuando levantó barreras a causa de la *Solidarno* polaca y la *Glasnost* soviética. Pero el desarrollo de la región fronteriza polaca en el Oder y el Neisse muestra que, también en los años setenta, y bajo dicha doctrina era posible la reconciliación²⁴. Sería por ello demasiado fácil mostrar el nacionalismo de derechas en la cultura juvenil como el resultado de un latente nacionalismo alemán en la RDA. El neonazismo en Alemania del Este señala por contra el fallo de un nacionalismo positivo que viniera a llenar el vacío entre el individuo y el Estado, un fracaso producido por la unión no superada.

²³ Eisenfeld, Bernd: Nazistischer Geist im sozialistischen Waffenrock, en: *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 18. Marzo 1999, Nr. 65, p. 14.

²⁴ Schultz, Helga/Stefan Kowal: Neue Grenzen — alte Nachbarn. Deutsche und Polen im Widerstreit von großer Politik und regionaler Kooperation 1919-1990, en: Hans-Jürgen Wagner/Heiko Fritz (Hg.): *Im Osten was Neues. Aspekte der EU-Osterweiterung*, Verlag J. H. W. Dietz Nachfolger, Bonn 1998, pp. 174-195.

A la crisis de la unidad de la identidad nacional condujo no sólo la decepción de los *es*, sino también la euforia de los alemanes del Oeste. En el Oeste se percibió la desintegración del otro Estado alemán como victoria, como una parte de la victoria global del mundo occidental, en la guerra fría, y como feliz superación de la división de Alemania ordenada por las potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial. Por ello creció en la clase política un sentimiento de soberbia nacional en la que se ahogaron las voces de alarma y que completó la unificación casi como un acto administrativo. Dado que después de esta situación no se produjo ninguna unión de las dos partes, sino únicamente la absorción de una por la otra, el Oeste no tuvo que cambiar en nada, mientras que en el Este todo cambió. Los *hermanos y hermanas* del período de la división se convirtieron ahora en vencedores y vencidos, en colonizadores y colonizados. No había ningún papel de agradecido en esta obra histórica. La solidaridad de los alemanes del oeste, el verdadero capital de la unidad, fue erosionada por las subidas de impuestos en el marco de una crisis de la coyuntura económica global. Sobre todo al tercio más pobre de la sociedad del bienestar alemana occidental le pareció, ya poco después de la transformación, que 16 millones de refugiados de la RDA eran suficientes, y dirigieron su disgusto contra la corriente de *exiliados económicos* de los países más pobres del continente y del mundo. ¿Puede asombrar el que la minoría nacionalista de derechas, existente desde hacía mucho tiempo, bien organizada en partidos y asociaciones, tomara impulso y aprovechara para sus objetivos fáciles los debates sobre condiciones de asilo y doble nacionalidad? También en el Oeste surgió, de los síntomas de crisis y del creciente malestar político, la violenta protesta juvenil. Pero este terrible potencial de violencia, orientado sobre todo hacia la derecha aunque a menudo sea apolítico y se incline no pocas veces hacia la izquierda autónoma radical, tiene muy poco que ver con un nuevo nacionalismo alemán.

4. SONDERWEG

Es en el contexto europeo donde el debate sobre el nacionalismo de los alemanes adquiere su sentido. La discusión comenzó en realidad con el *Historikerstreit* de 1987-1988, antes de la desintegración de la RDA y del sistema del socialismo de Estado, pero ya bajo la sensación del visible fracaso histórico del socialismo. En la disputa sobre la imposibilidad de comparar los crímenes alemanes del imperio hitleriano y con ello, sobre la inevitabilidad de hacer recaer la culpa sobre los alemanes, vencieron entonces los filósofos e historiadores liberales de izquierda del círculo de Jürgen Habermas y Hans-

Ulrich Wehler²⁵. Lo sucedido después de la unificación alemana parece relativizar ahora aquellos resultados²⁶. Con el socialismo cayó también la Unión Soviética; la división alemana como prenda de su victoria sobre el nacional-socialismo pudo ser revisada y los crímenes del estalinismo quedaron a plena luz. También parecía posible aligerar la culpa de los alemanes y revisiones de la exposición del curso de la historia siguieron a las revisiones de sus resultados. Por ello no asombra que una corriente conservadora y nacionalista en la escena política alemana ganara de nuevo importancia, una corriente que tras el cambio hacia la izquierda liberal de los años setenta se había mantenido en un segundo plano, pero que no era insignificante. El espíritu de los tiempos marchaba abiertamente en dirección al conservadurismo y el nacionalismo.

No sólo la izquierda, cuyo pensamiento estaba ligado al socialismo y al marxismo, sino incluso liberales de izquierda críticos con el nacionalismo alemán se encontraron ahora en una posición defensiva. En la discusión con la historia de dicho nacionalismo habían llegado a un cosmopolitismo europeo occidental-proamericano del que ahora, en el campo de batalla de los nuevos problemas alemanes, volvían a hacer uso. Jürgen Habermas, el más prominente representante de esta Ilustración antinacionalista, puso en la picota la ambición de los conservadores de querer volver a la vía especial de un Estado-nación alemán de tradición bismarckiana. Junto con una política que clamaba por el regreso a esa especie de normalidad alemana, sirve esta crítica para la segunda mentira fundamental de la República Federal: *Somos de nuevo normales*. El discurso del escritor Martin Walser en septiembre de 1998, en la Iglesia de San Pablo de Frankfurt durante la ceremonia de entrega del Premio de la Paz de los librerías alemanes, en el que polemizaba contra el atosigamiento de la conciencia alemana con la referencia ritual a los campos de la muerte, alimentó de nuevo esa preocupación²⁷. Tales advertencias fueron producidas por un largo debate sobre un monumento en Berlín a las víctimas del holocausto.

Pero el diagnóstico no era de ningún modo inequívoco. Lo que el observador veía en la República Federal de los años noventa no era el luminoso regreso de los alemanes a la normalidad del Estado nacional alemán, sino un

²⁵ *Historikerstreit. Die Dokumentation der Kontroverse um die Einzigartigkeit der nationalsozialistischen Judenvernichtung*, München/Zürich 1987; vgl.: Wehler, Hans-Ulrich: *Entsorgung der deutschen Vergangenheit? Ein polemischer Essay zum «Historikerstreit»*, München 1988.

²⁶ Wendt, Bernd Jürgen, *Vom schwierigen Zusammenwachsen der Deutschen. Nationale Identität und Nationalismus im 19. und 20. Jahrhundert*, Frankfurt/M. 1992.

²⁷ Klotz, Johannes/Wiegel, Gerd (Hrsg.): *Geistige Brandstiftung? Die Walser-Bubis-Debatte*, Köln: Papyrossa, 1999.

nuevo grado de la discusión de la culpa alemana en el genocidio a los judíos europeos, del funesto *Sonderweg* de la historia alemana. Justo las generaciones más jóvenes, a las que no une con aquellos tiempos oscuros ninguna memoria personal, luchan con este problema central de la identidad alemana. El poderoso y mayoritariamente afirmativo eco que alcanzó el libro del americano Daniel Jonah Goldhagen acerca de la participación de los alemanes comunes en el holocausto constituyó el punto más alto de ese esfuerzo²⁸. No menos agudas fueron después las reacciones al mencionado discurso de Martin Walser, que condujo a un diálogo judío-alemán y a una agitada disputa inter-generacional en torno a la historia alemana. La reflexión sobre el camino diferencial de la historia alemana no ha terminado. Hay en el presente momento histórico de nuevo un deseo público, en el que los historiadores han dejado de lado los estrictos motivos científicos de emprender nuevas investigaciones. Pero donde la ciencia consigue terminar una teoría, puede perdurar su sentido político.

La tesis de la vía diferencial, el *Sonderweg* alemán, surgió en el debate sobre la culpa de los alemanes por la Primera Guerra Mundial y se aguzó a la vista de la catástrofe del nacionalsocialismo que condujo a los pueblos europeos a la guerra más terrible de su historia²⁹. El nacionalismo alemán encontró en la locura racista y el genocidio sus últimas y criminales consecuencias. Entre los historiadores que dibujaron el camino de los alemanes hacia el abismo como un fatalista camino diferencial que se alejaba del desarrollo de las democracias europeas occidentales y norteamericanas, se encontraban al principio sobre todo emigrantes alemanes: Fritz Stern, Hajo Holborn, Hans Rosenberg y Eckart Kehr.

Pero no sólo historiadores burgueses, orientados hacia el desarrollo normal nordatlántico hablaron de tal *Sonderweg*. También lo hicieron comunistas como Alexander Abusch, cuyo texto *El camino equivocado de una nación* influyó en la discusión sobre la nación alemana en la RDA del final de los años cuarenta y primeros cincuenta³⁰. Se puso de manifiesto cómo ya Karl Marx y Friedrich Engels habían retratado la historia alemana de su época como el negativo de la brillante superficie de las historias modelo de Francia o Inglaterra. La teoría del fracaso de la historia alemana, expresada por Friedrich Engels en 1845 en la carta sobre *la situación alemana* al periódico ame-

²⁸ Schöps, Julius H. (Hg.): *Ein Volk von Mördern? Eine Dokumentation zur Goldhagen-Kontroverse um die Rolle der Deutschen im Holocaust*, Hamburg 1996.

²⁹ Grebing, Helga unter Mitarbeit von Doris von der Brölie-Lewien und Hans-Joachim Franzen: *Der deutsche Sonderweg in Europa 1906-1945. Eine Kritik*, Stuttgart/Berlin/Köln/Mainz 1986.

³⁰ Abusch, Alexander, *Der Irrweg einer Nation*, Berlin 1946.

ricano «Northern Star»³¹, tuvo una gran influencia sobre la historiografía de la RDA hasta los años setenta. Remitiéndose a las palabras de Lenin sobre las dos naciones en cada nación, la historiografía de la RDA se empeñó en mostrar la imagen contraria, la de las tradiciones progresista y democráticas en la historia alemana que finalmente habían llegado al poder en la RDA. La clase obrera recibió así una misión histórica, y la historia de la RDA constituyó la *coronación*, es decir, el estado final de dicha teleológica comprensión de la historia. La discusión en torno a la herencia histórica de la RDA, que tuvo lugar al final de los años setenta, amplió las formas de la construcción hasta la pérdida de los propios límites pero no cambió en nada en los principios de construcción teleológicos y misioneros³².

Y sin embargo ¿era la teoría del Sonderweg alemán, como se presentaba en la República Federal a partir de los años setenta, menos teleológica? El camino diferencial de los alemanes se mostraba unilineal hasta la dictadura nacional-socialista. El mal surgía desde la atrasada modernización a través de la fracasada revolución burguesa de 1848/49 hasta la retrasada construcción nacional del imperio bismarckiano, que no era un Estado constitucional de tipo burgués-liberal, sino que se hallaba dominado por las elites conservadoras y que fue empujado a la Primera Guerra Mundial. Se continuó en el fracaso de la débil democracia de Weimar por la obra destructiva de aquellas fuerzas conservadoras y nacionalistas que posibilitaron que Hitler se hiciera con el poder. La necesaria solución y redención de dicho Sonderweg solo podía ser vista, en consecuencia, en la radical modernización y democratización de la República Federal según el modelo de las naciones occidentales, en el giro desde el nacionalismo alemán hacia el cosmopolitismo atlántico³³. En este punto la imagen del camino diferencial alemán, aunque de ningún modo idéntica, sí está relacionada con la imagen histórica de la RDA. El decurso histórico real ha expulsado ambas soluciones al reino de los deseos. La presente crisis múltiple de la identidad alemana muestra cuán profundamente encerrados nos hallamos en la historia alemana.

La tesis de la vía diferencial ha tenido que defenderse no sólo contra los ataques venidos desde posiciones nacionalistas consevadoras, sino también

³¹ Karl Marx/Friedrich Engels: *Werke*, Bd. 2, Berlin 1967, pp. 564-584.

³² Müller, Susanne/Ristau, Malte, *Erben deutscher Geschichte. DDR-BRD: Protokolle einer historischen Begegnung*, Hamburg 1988, y especialmente Walter Schmidt: «Wir stellen uns der ganzen deutschen Geschichte», pp. 33-40. Die DDR-Geschichtswissenschaft in der Mitte der siebziger Jahre: Paradigmawechsel oder konservative Wende? en: Georg Iggers/Konrad Jarasch/Matthias Middell/Martin Sabrow (Hg.): *Die DDR-Geschichtswissenschaft als Forschungsproblem, Historische Zeitschrift Beiheft 27*, München: Oldenbourg 1998, pp. 227-240.

³³ Grebing, cf. nota 11, pp. 15-16.

de las críticas del propio campo liberal e izquierdista³⁴. Después de ello el Sonderweg aparece más como un raíl lateral hacia el abismo, sin desvío, que como un único raíl. El tempo de la modernización en Alemania se evalúa como mayor, la relación de fuerzas políticas y sociales en la época del Kaiser parecen no estar tan claramente en contra de las fuerzas liberales y democráticas, las posibilidades de la última revolución burguesa de 1918-1919 se elevan claramente, y sólo la grave crisis política y social al final de la República de Weimar resulta decisiva para el auge del nacionalsocialismo alemán. Incluso cuando, finalmente, se pone en duda hasta el carácter modelo de la moderna historia inglesa, no se ha vuelto obsoleto en modo alguno el núcleo intelectual, político y moral de la perspectiva de la vía diferencial alemán. Ese núcleo es declaradamente didáctico. La dictadura nacionalsocialista debe ser entendida como eje de la historia alemana, un eje desde el que se debe juzgar todo lo anterior y lo posterior, para que la conciencia de la culpa nacional de los alemanes no desaparezca, y no se repita así lo inenarrable³⁵.

Tampoco la imagen histórica de la RDA se guiaba sólo por intenciones apologéticas, legitimadoras del dominio contemporáneo del partido. Partiendo de un consenso básico antifascista que en su tiempo condujo a la RDA a un gran número de emigrantes, no sólo marxistas, la escritura de la historia tenía aquí también una intención didáctica, ilustradora. Las retrospectivas de Jürgen Kuczynski y de Walter Markov, dos grandes maestros de la historia de la RDA, apoyan dicha tesis³⁶.

El reflexionar sobre el camino diferencial alemán plantea problemas de política actual. La primera cuestión se refiere a la relación entre modernidad y democracia, que siempre constituye una frágil y sin embargo necesaria condición para la estabilidad de una sociedad civil. El punto de partida de la tesis del camino diferencial era que dicha relación en el *Kaiserreich* se hallaba desequilibrada en perjuicio de la democracia³⁷. Después de un pequeño intervalo lleno de esperanzas, y sin éxito alguno durante la República de Weimar, el mundo se encontró con la imagen horrible de la modernización fascista sobre las ruinas de la democracia de Weimar. En la República Federal, a cau-

³⁴ Véase Mommsen, Wolfgang J., *Nation und Geschichte. Über die Deutschen und die deutsche Frage*, München/Zürich 1990.

³⁵ Grebing, cf. nota 11, pp. 198-200.

³⁶ Kuczynski, Jürgen, *Dialog mit meinem Urenkel. Neunzehn Briefe und ein Tagebuch*, Berlin und Weimar 1983; Markov, Walter, *Zwiesprache mit dem Jahrhundert. Dokumentiert von Thomas Grimm*, Berlin/Weimar 1989.

³⁷ Mommsen, Wolfgang J., *Der Geist von 1914: Das Programm eines politischen Sonderwegs der Deutschen*, en: *Ibid. Nation und Geschichte. Über die Deutschen und die deutsche Frage*, München/Zürich 1990, pp. 87-106.

sa de la orientación pro-occidental hacia el modelo angloamericano de desarrollo social, obtuvo esa relación más solidez que ninguna otra en la historia moderna alemana. La relación entre modernización y democracia se hizo más fuerte en los años sesenta y setenta, gracias al desarrollo del Estado social y de la integración de los movimientos emancipatorios de izquierda liberal, sobre todo ecologismo y feminismo. Nada supuso un aporte más importante al patriotismo constitucional de los alemanes del Oeste que la integración exitosa de dichos movimientos, de forma que los miedos de Norbert Elias fueron final y completamente contradichos.

Los alemanes del Este parecen, por el contrario, hallarse con las manos vacías, sin experiencia democrática y con tremendos atrasos modernizadores. Esto, desde los movimientos emancipatorios de Alemania Occidental se ve como una amenaza del nivel alcanzado por la sociedad civil. Jürgen Kocka describía hace poco el déficit de modernización de la sociedad de la RDA como «muy alemán». La sociedad de la RDA —no sólo el Estado— se habría quedado a causa de ello en el Sonderweg, mucho más que la República Federal³⁸. La unificación no ha rellenado los huecos y resulta muy grande el peligro de que el abismo se profundice. De este modo, se obliga a los *es* a sentirse como fracasos de la modernización, aunque dos generaciones de obreros especializados, ingenieros y científicos de ambos géneros se afanaran en mantener el paso con el deslizante nivel mundial y, en casos aislados, lo consiguieran una y otra vez.

La desindustrialización del Este produce sólo pérdidas de modernización más deprimentes, como son la reagrarización o incluso la despoblación de viejas regiones industriales, la desaparición de complejos aglomerados de estructuras económicas, con sus interdependencias suprarregionales y sus estructuras de comunicación, la descualificación de completos sectores de población o las pérdidas de urbanización. Esto sucederá así durante tanto tiempo como no sea posible la construcción de nueva estructuras económicas con futuro, y tendrá consecuencias de larga duración para aquellas partes de la población que, como generación o como grupo profesional, queden excluidas de la lejana modernización. Si en tal exclusión no se encierra una amenaza hacia la sociedad civil, bien es cierto que son reconocibles peligros parciales.

Lo mismo que en el campo de la modernización, aparecen rezagados los *es* en el de la democracia. En este campo, el derrumbe del Estado socialista y la unión con la República Federal son también resultado de un remarcable movimiento democrático y emancipatorio de los alemanes del Este. Este

³⁸ Kocka, Jürgen, Ein deutscher Sonderweg. Überlegungen zur Sozialgeschichte der DDR, en: *Aus Politik und Zeitgeschichte*, 40, 1994, pp. 34-45.

movimiento hubiera justificado una consciente entrada de los *es* en la democracia alemana común. En lugar de ello, se añadió *a posteriori* esta circunstancia histórica al activo de la clase política de Alemania Occidental. En este sentido resultó también equivocado el que no tuviera lugar ningún referendun sobre la unión en ninguno de los dos Estados, como tampoco hubo un debate general ni una decisión sobre una constitución que fuera verdaderamente para toda Alemania.

Ahora se ha formado en Alemania del Este un paisaje de partidos propio, que medido con la vara de los alemanes del oeste resulta no ser aceptable. La creciente fuerza electoral del PDS —hasta ahora estable por encima del 20% en Alemania Oriental— es tan terrible para los habitantes de la antigua República Federal como su silenciosa o abierta participación gubernamental en los estados federados orientales de Sajonia-Anhalt y de Mecklenburgo-Prepomerania. Ello sirve como prueba para la incapacidad democrática de los *es* tanto como el éxito electoral de los ultranacionalistas DVU en Sajonia-Anhalt. Pero la integración política presupone aceptación. Y la integración política es el único camino por el que se puede llegar a una unión entre democracia y modernización. Tal integración podría llevar a que movimientos emancipatorios comunes fueran influidos por las experiencias germano-orientales en torno a las relaciones de género, la solidaridad social o los aspectos comunes con las naciones de Europa Central y Oriental. Y esto sería necesario para la estabilización a largo plazo de la relación entre modernización y democracia en Alemania.

5. NACIONALISMO ROTO

Otro problema se encierra en el núcleo de la tesis del Sonderweg, la exigencia de *que debe terminarse*. ¿Quiere decir esto que no puede haber un nacionalismo alemán positivo? Me gustaría llevar esta afirmación un poco fuera de la argumentación sobre la vía diferencial y referirme a las posibles características nacionales de los alemanes. Porque detrás de este problema se encuentra otro distinto, el de la realidad de una identidad nacional de los alemanes. De nuevo me apoyo en las reflexiones de Norbert Elias en torno a los hábitos nacionales de los alemanes. Él separa sus características de las peculiaridades de la formación nacional alemana, obrando así de forma parecida a los historiadores, al dejar de lado la tesis del Sonderweg, y llega a conclusiones que me parecen enriquecedoras y dignas de recordarse³⁹.

³⁹ Elias, como nota 1, pp. 8-22.

Elias menciona primero la situación central de los alemanes en Europa entre pueblos eslavos y románicos, es decir, un argumento geohistórico que durante tanto tiempo se usó para fundamentar la política de gran potencia alemana que, después del fiasco, nadie más se atrevía a tocarlo. Elias vió en ello una fuente de amenaza siempre renovada e intercambiable. El sentimiento de grandeza, de amenaza y de superioridad se habrían unido así, en el *habitus* alemán, en una mezcla agresiva. En épocas de debilidad como la guerra de los treinta años o después de la primera guerra mundial, surge la nostalgia por la grandeza perdida. Dicha nostalgia no superada es la segunda característica del *habitus* alemán, muy relacionada con la primera. Es seguramente cierto que el Estado nacional alemán constituyera una potencia en la mitad del continente. Pero también es cierto que *dicho* Estado nacional no fue de ningún modo la consecuencia de la construcción nacional alemana desde la Edad Media. La formación nacional alemana de principios de la Edad Moderna se movía en dirección a Estados nacionales alemanes de pequeño tamaño⁴⁰. Aún en la primera mitad del siglo XIX no era general dentro del movimiento nacional alemán la exigencia de un Estado nacional alemán⁴¹. Cuando se llegó a ello, fue dicha solución de la *gran pequeña Alemania* una peculiaridad europea que impregnó el *habitus* alemán. Me gustaría señalar que el movimiento nacional alemán fue el único movimiento pan-étnico que tuvo éxito. Es posible contar al nacionalismo alemán entre los movimientos pan-étnicos que surgieron en el romanticismo. Tanto el paneslavismo de los vecinos del este como el escandinavismo del norte no llegaron a la formación de un Estado. Los pueblos románicos no pudieron desarrollar poderosos movimientos pan-étnicos ya que contaban con fronteras históricas estables y, en cierta medida, con avanzados procesos de formación nacional.

Está claro que un fracaso de los alemanes pudiera haber ofrecido una solución más feliz, para sí mismos y para sus vecinos. La existencia de la RDA fue vista como una nueva oportunidad para una multiestatalidad alemana, y fue saludada por Elias y por otros historiadores occidentales. En la realidad de dicha oportunidad podría haber hecho dudar el ejemplo austriaco. Aunque los austriacos no tomaran parte en el movimiento nacional alemán como consecuencia del sistema de Metternich y desde la primera mitad del siglo XIX estuvieran envueltos en un proceso propio de construcción nacional, sólo se separaron finalmente de los alemanes como consecuencia del trauma de la anexión nacional-socialista y de la culpa común. Una posi-

⁴⁰ Schultz, Helga: *Mythos und Aufklärung. Frühformen des Nationalismus in Deutschland*, en: *Historische Zeitschrift*, Bd. 263, H. 1, München 1996, pp. 31-67.

⁴¹ Langewiesche, Dieter, Reich, Nation und Staat in der jüngeren deutschen Geschichte, en: *Historische Zeitschrift*, Bd. 254, 1992, Heft 2, pp. 341-382.

bilidad histórica tal no existió para la RDA. No había ninguna escapatoria de la historia alemana, justo porque el antifascismo constituía doctrina de Estado y la Unión Soviética era la potencia vencedora que más había sufrido en la guerra. La doctrina de Estado se convirtió durante un tiempo en consenso de Estado. Pero para construir una identidad nacional propia, el consenso debiera haber ganado un contenido positivo mucho más allá del antifascismo, algo impensable en un Estado en el que la construcción de consenso democrático había sido suplida por el trabajo de propaganda ideológica. No hubo ninguna recompensa para la división forzada, sino un castigo en la forma de aislamiento y peores condiciones de vida.

Los alemanes unificados deben vivir en la mitad del continente constituyendo un peso excesivo. Una problematización de este aspecto de la identidad nacional sería, sin embargo, necesaria. Al nacionalismo alemán debiera serle inherente la conciencia, aunque sólo fuera a causa de su grandeza, de ser una amenaza latente para sus vecinos. Los debates en los países europeos sobre la Europa futura son bastante apropiados para reforzar esa conciencia. La vida junto a los vecinos eslavos se ha facilitado debido a las claras fronteras políticas y étnicas, que se pagaron a un precio terrible. El historiador húngaro István Bibó remarcó, en un muy interesante ensayo escrito en la posguerra y sólo recientemente publicado, el significado de las fronteras étnicas para la estabilización de Europa Central y Oriental⁴². Los alemanes podrán vivir entre sus vecinos únicamente con una identidad nacional tal que incluya la aceptación de dichas fronteras. Hay que resaltar que dicha aceptación en Alemania del Este es más larga y más profunda que en los antiguos estados federados. También esto sería una aportación a la cultura política de la República Federal que merece ser tenida en cuenta.

En tercer lugar menciona Elias la inestabilidad, el múltiple cambio del habitus alemán. De hecho la identidad alemana muestra rupturas como otros pueblos no conocen. Esto abre otra perspectiva de la historia alemana al dejar de lado la tesis del Sonderweg. Elias acentúa las rupturas y no la secuencia fatal que parece igual a un destino inexcusable. Si se sigue este principio se pueden hallar sólo en los dos últimos siglos una media docena de puntos de inflexión en los que el habitus de los alemanes cambiara fundamentalmente debido a hechos y desarrollos inesperados. De graves consecuencias fue la transformación desde el cosmopolitismo elitista de la época de la Ilustración hasta el movimiento nacional liberal del siglo XIX, pues trajo consigo no sólo una politización de las masas, sino el sorprendente cambio de la historia alemana en dirección hacia un enorme Estado unitario en la mitad del continente. No menos trascendental fue el cambio antidemocrático y antiliberal hacia

⁴² Bibó, István, *Die Misere der ostmitteleuropäischen Kleinstaaterei*, Frankfurt/M. 1992.

el nacionalismo imperial después de 1871, que supuso la militarización del habitus nacional, y declaró a los grandes pueblos vecinos franceses y polacos como archienemigos. El paso mayoritariamente armonioso de los alemanes a la *comunidad del pueblo* (Volksgemeinschaft) del imperio hitleriano no es en modo alguno el fatal resultado de dicho desarrollo en el Kaiserreich, sino que sólo se vuelve inteligible después de la revolución de noviembre y de la república de Weimar, como el resultado de una nueva y doble ruptura de la continuidad. Un cambio del habitus alemán supuso luego la profesión de la democracia parlamentaria al modo atlántico en el Oeste, y no menos dramática fue la transformación según el modelo soviético en el Este. Ambos caminos encuentran puntos de apoyo en la historia alemana.

Se trata de verdaderos polos opuestos. Una perspectiva de este tipo destierra la ilusión de que el cambio de habitus de posguerra pudiera ser el auténtico, el único de la historia alemana, el que terminara sin posibilidad de retorno con todas las fatalidades. ¿En qué cambio del habitus nacional nos encontramos? No es posible pasar por alto que la unificación alemana trae en sí una renovada transformación en el *Nuevo Orden Mundial* de la única superpotencia que queda. Lo que aún no es posible percibir es la dirección.

El problema no reside en que los *es* pongan en duda los hábitos democráticos de los alemanes del Oeste. Aparentemente hay, tanto en aislados períodos de la historia alemana como en la historia de ambos Estados alemanes, posibilidades para un desarrollo positivo de los futuros hábitos nacionales. Uno de tales momentos positivos es también que los movimientos de oposición, tanto en la República Federal como en la RDA, fueran antimilitaristas y pacifistas y que disfrutaran de respeto en grandes partes de la población. Esto se reflejó en el debate sobre la guerra de la OTAN contra Yugoslavia de forma diferente. En este debate los alemanes del Este se mostraron en su mayoría contrarios a los ataques militares. ¿Se trataba de pacifismo pasivo o aprendido, fue incluso un resultado de la indoctrinación contra la organización occidental? Los alemanes del oeste hicieron en su mayoría suya la argumentación de la OTAN de que era preciso defender los derechos humanos de los perseguidos albaneses de Kosovo por todos los medios. ¿Llevó a ello la lección de Auschwitz o bien la acreditada orientación occidental de la historia de posguerra alemana federal llevó hacia una lealtad a la Alianza sin condiciones? Pese a todo, no surgieron entonces acordes nacionalistas en ninguna de las partes.

Aparentemente, no existe peligro alguno de un nuevo nacionalismo alemán. Su falta total es síntoma sin embargo de un problema de la identidad alemana que no puede alegrar a sus vecinos. La nueva formación nacional alemana después de la unificación no está cerrada.

[Traducción: José M. Faraldo].